

Posdata

Sin la pretensión de llegar a conclusión ninguna, las palabras se fueron volviendo habitables en su resistente imposibilidad. Se trata de buscar un lugar. Una palabra, una morada. Una palabra hospitalaria que no solo reconozca al otro como otro, sino que lo acoja. Que le dé una habitación y lo permita habitar. Se trata de un gesto de hospitalidad; un humilde y humano gesto. Se trata de un pretexto para dejar que emerja la palabra por venir. Ese que por ser fruto del acontecimiento está articulada desde la fragilidad y ambigüedad de la vida.

Se trata de hablar; solo de cruzar palabras, de hallar un lugar para conversar. Lo que menos importan son las palabras que concluyen. Se trata de un nacer cada vez que se dona la palabra poética.

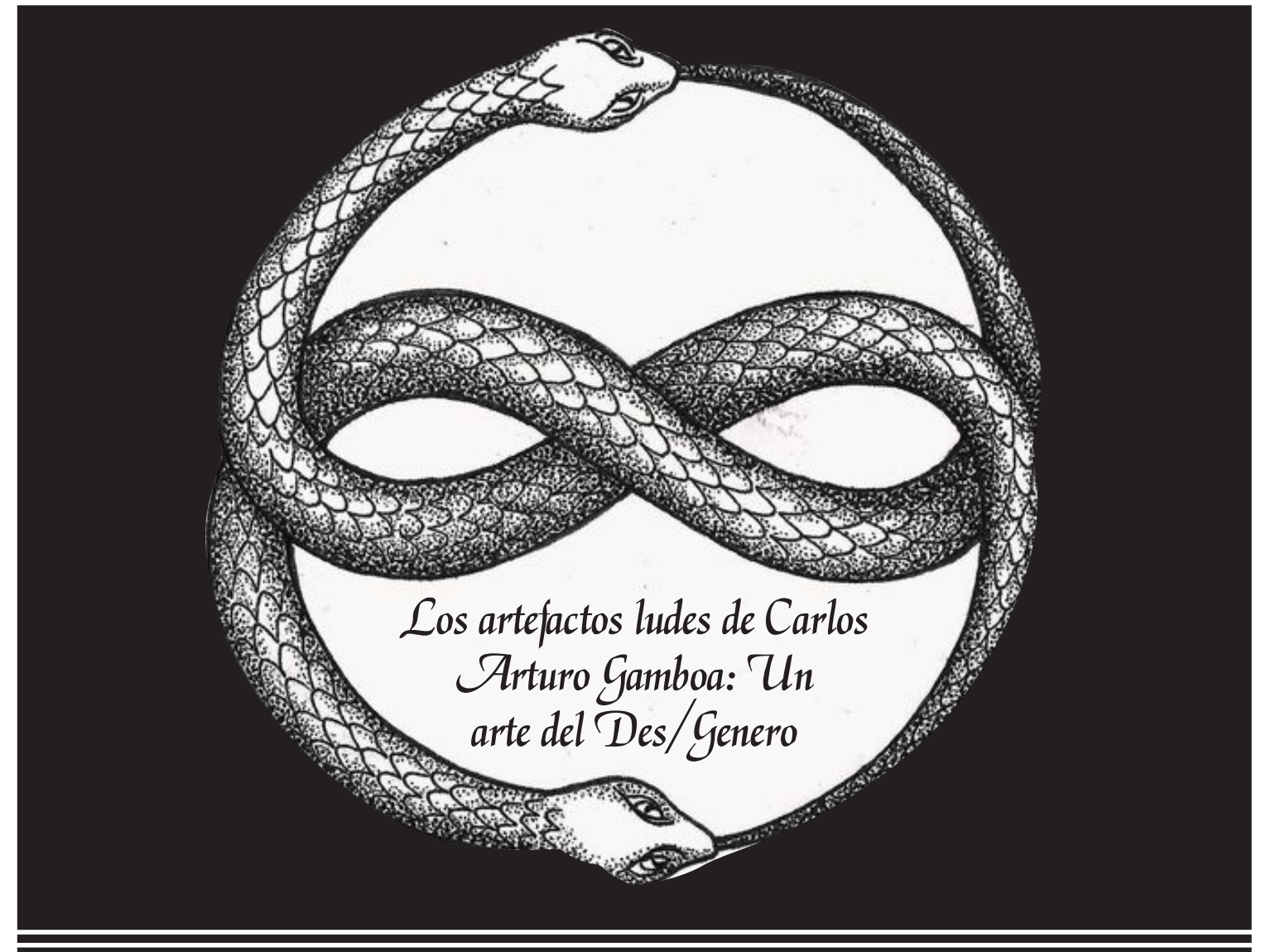
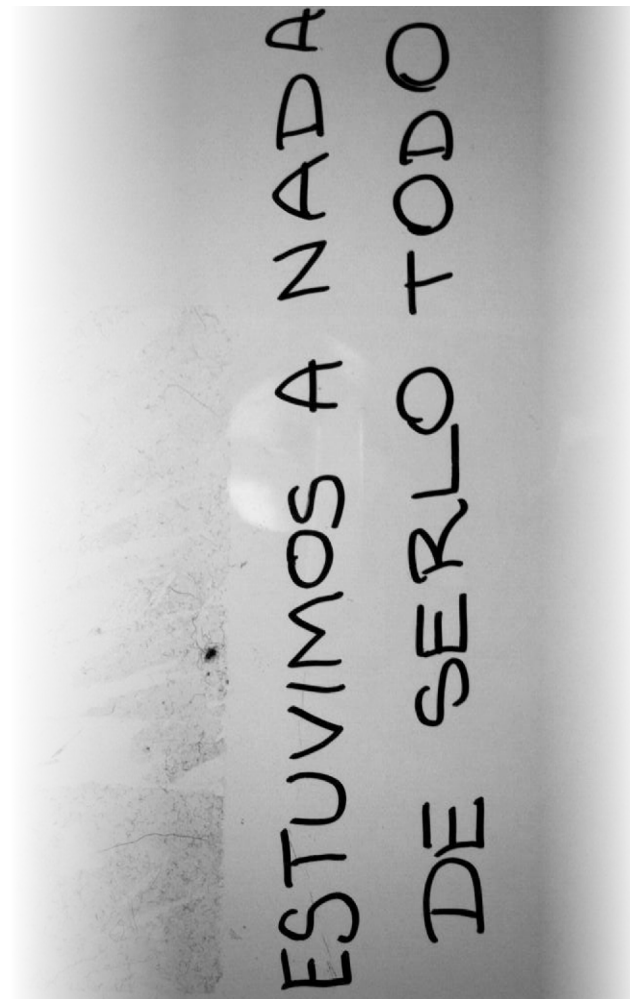
Una habitación, una morada. Amplios ventanales y puertas. Un lugar genuino para que sucedan humilde y humanamente: Aperturas...

Una voz que invita, que convida (con vida). Apertura es posibilidad. Posibilidad es siempre aventura, riesgo, contingencia... acontecimiento. Este convite es una insinuación a desbordarnos en la experiencia. Apertura: abrimos. Cuando puertas y ventanas están abiertas todo fluye; existe la posibilidad del afuera y el adentro, del entrar y el salir. Se distensionan las resistencias y desistencias, se trafican las sensaciones, se mezclan anverso y reverso.

Apertura del cuerpo, del alma, de los

sentidos y sinsentidos. Como en el principio: palabra encantada y encarnada, palabra creadora, palabra abierta: apertura a la experiencia. Palabra conjugada en el tiempo y el espacio. El verbo que ya es carne, la carne que es acción y conjunción, ambivalencia... y solo pulsa vida.

Adentro y afuera la conversación continua. El más humilde gesto poético para que devenga la fraternidad entre dos personas que un día devinieron amigos a través de la palabra por venir.



*Los artefactos ludes de Carlos
Arturo Gamboa: Un
arte del Des/Genero*

Luis Fernando Abello

Lic. Lengua Castellana UT.

Julio Cortázar, en su innovador libro Rayuela, insta una advertencia sin la cual no podemos pasar desapercibidos en su lectura:

A su manera este libro es muchos libros, pero sobre todo es dos libros. El primero se deja leer en la forma corriente, y termina en el capítulo 56, al pie del cual hay tres vistosas estrellitas que equivalen a la palabra Fin... El segundo se deja leer empezando por el capítulo 73 y siguiendo luego en el orden que se indica al pie de cada capítulo. En caso de confusión u olvido, bastará consultar la lista

siguiente...

Así mismo, el escritor argentino nos da un "orden" cronológicamente virtuoso para continuar con su mirada; dicha lectura está sometida por los deseos del lector, así que, también, se puede hacer caso omiso a la advertencia de Cortázar. De esta misma manera, el escritor ibaguereño Carlos Arturo Gamboa nos advierte, aunque de manera distinta y diversa a la de Cortázar, que su libro no tiene un género definido o así lo hace parecer por cuenta del propio título: "Un juego desgenerado".

Al adentrarnos a él, estamos expuestos a una “tomadura de pelo” en toda su sincronía musical y lírica, puesto que hacemos una interacción de lector no desprevenido, sino lleno del simbolismo, ya que Gamboa, al igual que Dédalo, genera una aparente confusión de entrada, sin embargo, nuestra risa puede ser una simulación acordada con el autor para interpretar los textos que allí subyacen y así salir de un laberinto por el cual la seriedad se confunde con el tedio, en estos tiempos.

El juego de palabras que Gamboa suscita en la intervención literaria permite pensarse como una sátira de gran magnitud en todo su libro, cuando afirma que “los ángeles conspiraron... / Y todos vagarán por la eternidad”. De allí se desprende el primer poema del libro y nos hace partícipes de los cuestionamientos diversos y sátiros que continuarán en dicha obra. Paralelamente, podemos decir que el libro actúa como Lucifer en la revelación de los ángeles, o en John Milton, cuando menciona, siendo éste vocero de lucifer: “Es mejor reinar en el infierno que servir en el cielo”.

Y es esa la angustia que evidencia Carlos Gamboa, acerca de la modernización que ha dejado desacralizar la tierra y el propio cosmos y su escenografía literaria, que luego se anuncia en los textos de “La ira del hombre”, en el cual señala e intenta responder de manera existencial la pregunta que encierra la idea del ser: “¿Qué es el hombre?”, para después vaciarnos de prejuicios y explicar que, responderla, significa no pretender hacerlo.

El sacrificio de lo sagrado por lo tecnológico lo podemos también ver en el poema de William Ospina, llamado “Canción de los dos mundos”, en el cual el autor tolimense hace alusión a la importancia del sur como epicentro de los acontecimientos históricos, urgentes y necesarios para el sostenimiento de la sensibilidad humana. Esa pérdida de lo sensible frente al mundo, es expresado por el autor ibaguereño cuando nos menciona que en estas tierras, o en cualquiera de la circunferencia inexacta, hubiera llorado “Hasta el más infértil de los dioses”.

Como hemos mencionado con anterioridad, el libro de Gamboa toma rumbo aparte para clasificarse en un género literario, puesto que, aunque está dividido por secciones, se lee como una totalidad, parecido a una novela en su lectura lineal; pero también encontramos la inclusión del género literario minicuento, en la medida en que los textos se construyen con ironía y sátira, con la presencia de un humor fino para deleitarse sobre su simbolismo, pero también se refleja una estructura poética. Esta transformación provee de grandes caracteres, no solo en sus cimientos de escritura, sino en su intencionalidad.

Pero si por un lado el autor nos somete a esa angustia kierkeggiana, por el otro acude a tomar lo local como universal, en la segunda parte llamada “Barrio Paraíso”. En esta parte, ya el hombre debe haberse despojado de lo apolíneo, lo cual hace parte del primer capítulo, y convocar a las solemnidades de lo dionisiaco y su fiesta “desgenerada”.

El texto no busca definirse entre lo prosaico o versátil, sino en jugar con esos escombros de vivencia y palabras; desde esa mirada, no podemos dejar de pensar en otro Borges, cuando escribe el “verdadero” autor del Quijote, Pierre Menard; de la misma manera, Gamboa resignifica los simbolismos de ese vecindario, puesto que Noé es un bohemio, el verbo hecho carne se convierte en vegano, Dios mismo, creador de las leyes, es licitador de organismos de control como la policía, o es un “administrador” que derriba casas con relámpagos. Se puede decir que ubica en el centro a un Dios más humano, el cual tiene erecciones a través de los matorrales, ya que es un “Voyerista de tiempo completo”.

Es así que la intención nietzscheana de lo lúdico se convierte en palabra con Artefacto Ludens, Un juego desgenerado, nombre completo del libro del profesor de la Universidad del Tolima, ganador del premio de poesía “Juan Lozano y Lozano” de la ciudad de Ibagué en el 2016. Está puesto en otro plano escritural, donde se debe jugar con la seriedad con que jugaba el niño, nuestro niño. Es un texto con gran flexibilidad que modifica con exactitud los mitos bíblicos, desde su creación con Adán y Eva; la Serpe no es tentada, sino que

los primeros humanos ya eran libres alentadores de la carne.

Finalmente, la comunidad de este libro, del Barrio, tiene un tinte bíblico-urbano en todo su contexto, mira definitivamente a la escenografía del sur y crea nuevos símbolos surgidos de realidades amplias para la memoria, que se hace difícil olvidar con una simple lectura y una pérdida evocación. Es por ello que el autor nos define su barrio como “Un antiguo enjambre \ de lobos hambrientos”, para que no olvidemos que hacemos parte de esas conexiones míticas que se amplían en la palabra.

El juego no solamente está en el logos, sino en apropiar la palabra como una travesura sin ubicación concreta, sincera de toda amalgama de insinuaciones literarias que surgen al cobrar nuevamente una lectura instaurada en el placer de una palabra que huye de la seriedad, pero no de la reflexión.